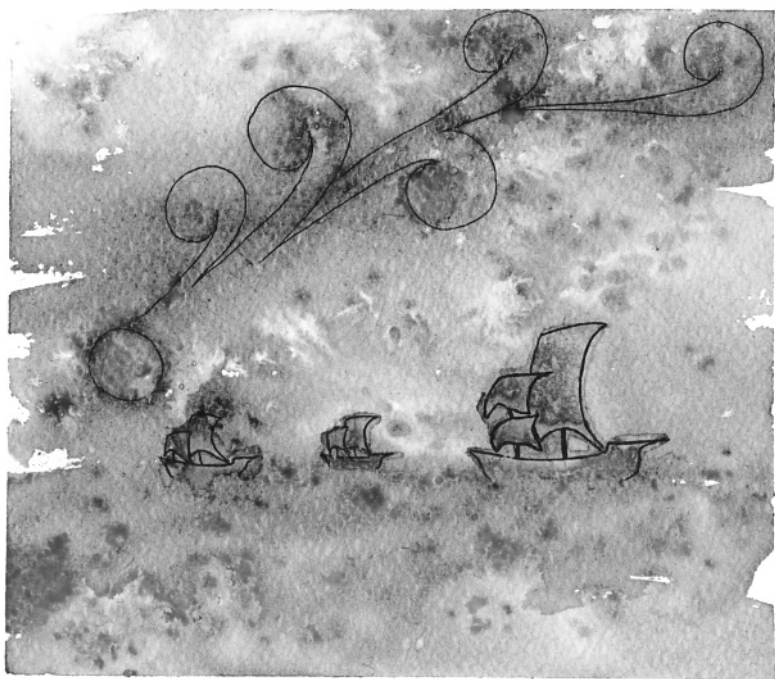




RELACIÓN DE LA VIDA Y LOS HECHOS  
DE JUAN IXTLIXOCHITL,  
UN NATURAL DE NUEVA ESPAÑA,  
CONTADA POR ÉL MISMO AL R.P. FRAY  
BERNARDINO DE SAHAGÚN  
EN EL PUEBLO DE TLATELULCO  
DURANTE EL AÑO DE GRACIA  
DE NUESTRO ✝ DE 1555.





Poco a poco nos fuimos dando cuenta que ellos habían llegado. Al principio yo creía que esas historias eran puros cuentos, mentiras que mi mamá decía en voz baja para asustarnos, para que nos portáramos bien y mi tata no tuviera que castigarnos oliendo humo de chile quemado. Mi abuelo no pensaba como yo, él sí las creía y todo el tiempo se la pasaba diciendo que el dardo de fuego que cruzó el cielo durante el año 12 Casa anunció la llegada de los monstruos que vivían al otro lado de la inmensa laguna salada. “Esto es cosa de los dioses, los cielos nunca mienten”, decía mientras ocultaba los ojos entre las arrugas de sus párpados y sorbía su cacao con chile y achiote. Yo no le creía a mi abuelo y tampoco a mi mamá. Sabía que los dioses nos protegen de todos los males y que por eso los sacerdotes les ofrecen los corazones de los guerreros capturados en batalla.

Pero al poco tiempo me di cuenta de que las palabras de mis mayores no estaban torcidas, en ellas había algo de verdad. Comencé a pensar que ellos sí

habían llegado cuando mi tío regresó de su viaje por la tierra del cacao. En esa ocasión, él —a pesar de las ganancias que obtuvo— no volvió contento, tenía los ojos nublados. No puedo olvidar el momento de su regreso, siempre recordaré que no nos saludó como acostumbraba, que sólo vio a mi tata y le dijo que debían hablar a solas. Tata nos miró y nosotros nos retiramos. Mamá se fue al cuarto donde estaban la lumbre y los metates con el pretexto de hacer las tortillas, mis hermanos se fueron a jugar patolli, y yo, pinchado por la curiosidad, me escondí para oír lo que platicaban. Mi mamá siempre me decía que no debía espiar a los adultos, que era malo ser tan curioso; pero a mí me encantaba oírlos, sus historias eran maravillosas, mucho mejores que las que contaban mis hermanos y mis amigos. Ellos nunca habían salido de la ciudad, en cambio mi tata y mis tíos habían recorrido todos los dominios de nuestro señor, el gran Montezuma. Ahí estaba, escondido, ciudándome de no hacer ningún ruido, de no tocar alguna cosa, de que mi respiración no pudiera oírse.

Hablaron durante un rato y los ojos de mi tata también se nublaron. No entendí muchas de las cosas que dijeron; sin embargo, estaba seguro de que ellos sí habían llegado. Mi tío los había visto. Con mucho cuidado salí de mi escondite y me quedé sentado cerca de la casa. Tenía la cabeza llena de cosas. Las palabras de mi tío eran extrañas. Él le contó a mi tata que ellos llegaron en montañas que flotaban sobre el agua salada y que sus cuerpos apenas se parecían a los nuestros. Sus ojos eran diferentes, eran claros como el cielo; el

color de su piel era distinto, ellos eran pálidos como los muertos; tenían muchos pelos en la cara y eran más largos que nosotros, aunque no eran gigantes. Algunos no sabían caminar y por eso se movían sobre grandes venados sin cuernos. Los demás sí sabían caminar, aunque no se movían como nosotros, eran más lentos porque su ropa metálica les pesaba mucho. Casi todos traían máscaras y algunas armas diferentes de las nuestras, que sonaban como el trueno y tenían la fuerza del rayo.

Mi tío dijo que ellos no venían en son de paz, que la guerra era lo suyo, y que tampoco tenían miedo a los dioses. Él supo que lucharon contra los habitantes de la tierra del cacao, y que la batalla ocurrió en un río y en la tierra. Cuando los atacaron en canoas, ellos no tuvieron problemas para derrotarlos: los rayos que lanzaban desde lejos mataban a muchos y hundían las naves sin que los arqueros pudieran hacerles daño. Para colmo de males, las pocas flechas que daban en el blanco no herían a los recién llegados. La obsidiana se rompía al estrellarse con su ropa o sus máscaras. La batalla continuó en tierra, ellos se formaron en línea con sus lanzarrayos al frente y los de la tierra del cacao se colocaron ante ellos lanzando gritos de guerra, creyendo que no tardarían en vencerlos. Eran muchísimos y los recién llegados se podían contar con facilidad. Sin embargo, no tardaron en ser derrotados. Cuando se lanzaron al combate, ellos respondieron con rayos y truenos, y, una vez que el humo de sus armas se desvaneció, los atacantes descubrieron que el campo estaba cubierto de cadáveres. El miedo

se apoderó de los hombres de la tierra del cacao y la huida no se hizo esperar, pero los recién llegados, no contentos con la victoria, persiguieron a los que corrían en sus venados sin cuernos, y con lanzas y espadas mataron a muchos más. La derrota fue absoluta. Ellos eran más poderosos, guerreaban de manera distinta y no podían ser derrotados con facilidad. No querían capturar prisioneros para los dioses, a ellos sólo les interesaba matar a sus enemigos sin dar de comer y beber a los que no viven en este mundo.

A los hombres de la tierra del cacao no les quedó más remedio que rendirse. Pidieron hablar con el jefe de los recién llegados para acordar la paz. Don Hernando —así se hacía llamar el principal de los vencedores— no tardó mucho tiempo en presentarse sobre su venado sin cuernos, acompañado por un pequeño séquito. Él, por medio de la mujer que lo sigue y habla todas las lenguas, le dijo al soberano de la tierra del cacao que venían del otro lado del gran lago salado, que su emperador los había enviado a estas tierras para enseñarles al único Dios verdadero y que estaban enfermos de un mal que sólo podía curarse con el metal blando y amarillo. Los hombres del cacao, animados por el miedo que sigue a la derrota, no tardaron en entregar un tributo a los vencedores: muchas piezas —grandes y pequeñas— del metal que los sanaría.

Todo parecía ir por buen camino. Ellos estaban felices con el metal amarillo y el soberano creía que la guerra había terminado. Por esa razón, cuando los recién llegados arribaron a la ciudad de los hombres

del cacao, el ambiente parecía más tranquilo: la paz se mostraba casi al alcance de la mano. Pero esto sólo era una apariencia, su furia apenas comenzaba. Cuando don Hernando y los suyos subieron al templo de la ciudad, la furia volvió a apoderarse de ellos. Con gran coraje destruyeron las figuras de los dioses y amenazaron a los sacerdotes. La gente estaba aterrada, ellos nunca habían visto que alguien se atreviera a destruir las imágenes de los señores del universo. Ni siquiera nuestros soldados se habrían aventurado a atacarlos después de vencer a los enemigos que los adoraban. Todos sabemos que los dioses siempre merecen respeto y castigan las ofensas más insignificantes. No contentos con esto, los recién llegados mandaron lavar las paredes ensangrentadas como si quisieran borrar nuestros regalos y colocaron dos palos en forma de †, que es la señal de su Dios, del Dios que ahora reina en todas estas tierras y sus habitantes.

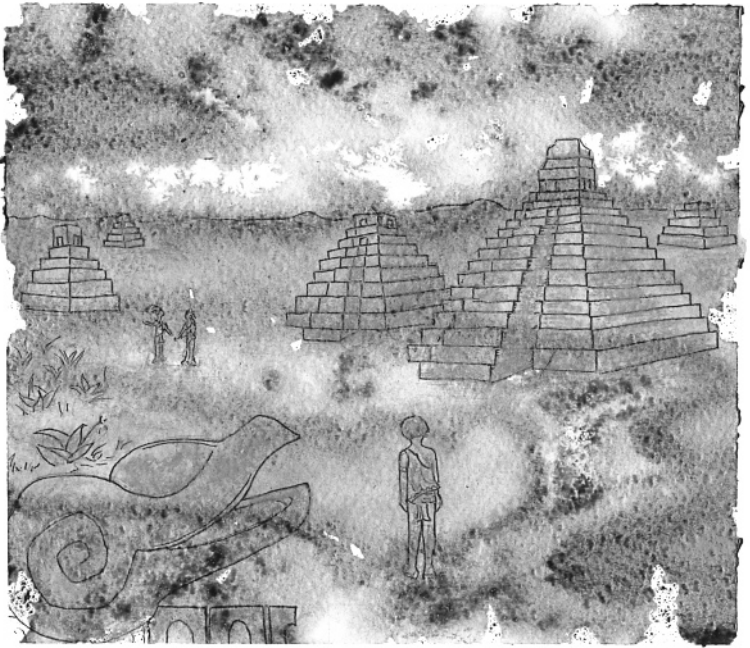
Una vez que destruyeron las imágenes sagradas y lavaron la sangre de las paredes, uno de sus sacerdotes subió al templo para llevar a cabo sus rituales. No pidió un cuchillo de pedernal, no corrió sangre, y tampoco le sacó el corazón a uno de los guerreros derrotados. Sólo habló y habló en una lengua que no se entendía, mientras todos hacían señas y se paraban e hincaban al mismo tiempo. Mientras esto pasaba, la gente de la tierra del cacao esperaba que el día se volviera noche y los dioses se manifestaran con toda su fuerza. Pero nada ocurrió. Ellos también habían derrotado a los señores del universo. La fuerza de



la ✚ era más grande que la del agua, el viento y el espejo oscuro.

Así estaba yo cuando mi tío se retiró de la casa y, al despedirse de mi tata, sólo alcanzó a decirle: “Esperemos que se hayan ido, que el metal amarillo los haya curado y se regresen a sus tierras”. Yo lo miré y pensé algo terrible: “¿Y si no se van?, ¿y si deciden avanzar hacia nuestra ciudad?”. Pero no tardé mucho en consolarme. Al mirar a lo lejos y ver la calzada que atraviesa la laguna me descubrí seguro de que ellos no se acercarían; nuestra ciudad, el Ombligo de la luna, no podía ser atacada, nosotros éramos poderosos y nuestros guerreros eran invencibles.









Ellos no tardaron mucho tiempo en salirse de mi cabeza; el miedo a los monstruos color de muerto y ojos de cielo desapareció unas cuantas lunas después de la llegada de mi tío. Ésa no era la primera vez que oía hablar de la guerra, siempre estábamos luchando contra otros pueblos y en aquellos momentos estaba seguro de que los recién llegados no podían ser más fieros que los tlaxcaltecas o los habitantes de Michuacan. Derrotar a los hombres de la tierra del cacao no era una gran hazaña, ellos no habían luchado contra los guerreros de Xicoténcatl ni contra los soldados del soberano de la tierra de los lagos, y mucho menos se habían enfrentado con las águilas y los jaguares de nuestro señor.

Quizá por esto no tardé mucho tiempo en convencerme de que los lanzarrayos, los venados sin cuernos y la ropa de metal sólo eran palabras torcidas. Quizá por eso la vida continuó sin sobresaltos.

Mamá se levantaba temprano, barría la casa y le daba fuerza al fuego que se había traído desde Iztapalapa el día que la ciudad se quedó a oscuras

mientras los sacerdotes pedían a los dioses la oportunidad de una nueva era. El olor de las tortillas y del chimole no tardaba mucho en salir del cuarto de los alimentos para apoderarse de la casa. Era una magnífica cocinera, mi tata siempre le decía que el gran Montezuma nunca podría comer las maravillas que él disfrutaba. A mamá le gustaba que le dijeran esto, aunque siempre fingía que se molestaba, pues el nombre de nuestro señor no podía usarse a la ligera y mi tata no podía decir ni soñar que lo superaba en algo. A mí también me gustaba casi toda la comida que ella preparaba: los diminutos chapulines con aguacate, las patas de las ranas que habían pescado en la laguna, los huevecillos de insectos y los gusanos de maguey siempre me llenaban la boca de saliva; en cambio, cuando ella guisaba un perrito, nunca quería comer. No podía hincarle el diente a los tamales preparados con la carne de alguien que podía ser mi amigo, pero cuando los preparaba con guajolote siempre me los comía con coraje, pensando en las correteadas que me daban esos pajarracos de mal carácter.

Los hombres de la casa comíamos cuando el sol apenas estaba saliendo por el lado de Iztapalapa, y mi mamá y mi hermana sólo podían hacerlo después de atendernos. Cuando terminábamos los alimentos, mi tata y yo nos limpiábamos las manos con agua fresca y nos frotábamos los dientes con cenizas de tortilla. Una vez que estábamos listos, salíamos de la casa para ir al tianguis de Tlatelulco.

Mi tata y sus hermanos eran comerciantes, pero no tenían un puesto en el tianguis del barrio.